

lor local de Toledo, más difícil de dar que el de Sevilla, por ser cuestión de matriz y no de contraste, fué conseguido por Cervantes con tanta precisión y justeza.

la anécdota, que, según el anciano arrdez de Zahara, immortalizó la permanencia del autor del «Quijote» en aquella Almadra. El suceso es el mismo que se estampa en «La Ilustre fregona»; y si algo autobiográfico hay en la mayor parte de los escritos del soldado de Lepanto, no debe perderse de vista en la tradición de Zahara». De este mismo episodio de la discusión por la cola del asno dícese en la Biblioteca Española de Gallardo, tomo iv, columna 738, que está tomado de la «Patraña vi» de Timoneda. El «Doctor Thebussem» declara que la anécdota de la tradición no es artículo de fe ni mucho menos, y hace bien; pero de lo que no hay duda es de que en nada, absolutamente en nada, se parecen «La Ilustre Fregona» y la «Patraña vi» de Timoneda, citada en el libro de Gallardo, y que es así: Un tira-tierra se «encontró con un aguador, grande amigo suyo, que se le había caído el asno en un lodo, y rogándole que se lo ayudase a levantar, tomóle de la cola, y tirando della quedósele en las manos, por do el aguador empezó á dar voces: don traidor, pagadme mi asno que me habéis desrabado. El tira-tierra, medio turbado de lo que había acontecido, dando a huir encontró con una mujer preñada, de tal manera, que cayó, y la mujer del encuentro malparió, vista la presente». Llevado al alcalde el tira-tierra,

X

Entre los críticos de Cervantes no ha faltado alguno a quien parezca de todo punto inverosímil la novela de *Las Dos Doncellas*, sólo por antojársele imposible que haya habido mujeres que disfrazadas de hombre corrieran aventuras semejantes a las que en aquella historia se suponen; como si los sucesos reales de D.^a Catalina Erauzo no sobrepasaran a cuanto la imaginación puede forjar de más peregrino y novelesco.

«oidas las partes dió por sentencia que en cuanto á la demanda del asno que se lo llevase el tira-tierra á su casa, y que se sirviese dél hasta que le saliese la cola, y porque el marido reprochó de qué suerte sentenciaría de que su mujer estuviese preñada como antes estaba, sentenció el Fuez que se la llevase el tira-tierra á su casa y que trabajase de volvérsela preñada, con tal que su mujer fuese contenta». ¿En qué se asemejan este cuento, traducido del italiano, y el episodio del asno de «La Ilustre Fregona»? Increíble parece, dada la erudición de Gallardo, que, sin saber lo que decía, acusara de plagiarío a Cervantes, cayendo en el mismo defecto que tan duramente censuraba en otros.

Que dos damas, disfrazadas de hombre, sigan al amante que las abandona; que ambas se encuentren en un punto con el hermano de una de ellas y con el galán de las dos, y que *dopo strani avvenimenti*— como dice el primer traductor italiano de las *Novelas*—*Marc' Antonio s'ammoglie in Teodosia e don Raffaele in Leocadia*, sería asunto rayano en lo absurdo para una obra de nuestros días; pero no para los de Cervantes y Shakespeare, tan afecto este último en sus comedias a esas intrigas y disfraces; no para aquellos tiempos en que la *Monja Alférez* se escapaba del convento de San Sebastián el antiguo, se ocultaba en un bosque, pasaba a la corte, donde servía en «hábitos de paje»; se embarcaba para Indias, llegaba a Lima, sentaba plaza de soldado, salía para Chile, lograba, por sus proezas en el asalto de Valdivia, el grado de alférez, y recorría el mundo entre escándalos y riñas¹¹⁹, ganando y perdiendo ducados

¹¹⁹ Era virrey de la Nueva España el Marqués de Cerralbo cuando la «*Monja Alférez*» llegó a México.

en el juego, siendo protagonista de extraños amores, repartiendo estocadas, como el D. Juan de la leyenda; alcanzando que Urbano VIII la autorizase a usar el traje de hombre, y, lo que era mas difícil, que se le señalara una pensión, aplicable a las cajas reales de Manila, México o el Perú, cuando el Tesoro de España no podía prodigar tales gajes.

En el viaje de Veracruz a la capital se enamoró de una dama «cuya custodia le había sido confiada, sabiendo que era mujer, aunque vestía hábitos de varón». Ya en la capital del virreinato estuvo a punto de batirse con el hombre con quien caso allí la dama, al cual desafió en una carta que decía: «Quando las personas de mi calidad entran en una casa, con su nobleza, tienen asegurada la fidelidad del buen trato, y no habiendo el mio excedido los límites que piden sus partes de vm., es deslumbramiento impedirme el entrar en su casa, demás que me han certificado que si por su calle paso, me ha de dar la muerte, y así, yo, aunque mujer, pareciéndole imposible á mi valor, para que vea mis bizarrías y consiga lo que blasona, le aguardo sola, detrás de San Diego, desde la una hasta la seis.—Doña Chatherina de Erauzo.»

«*Relación impresa, con licencia, en Mexico. En la imprenta de Hipólito Rivera. Mercader de libros. En el Empedradillo. Año 1653.*»

En aquel medio era verosímil lo que hoy no lo parece, y no es un absurdo en Cervantes suponer a las damas disfrazadas de hombre interviniendo casualmente en una de las pependencias que se trataban en Barcelona, a la llegada de las galeras, entre la gente de éstas y de la ciudad¹²⁰, puesto que no hay duda de que hubo en aquel tiempo mujeres que en traje de varón tomaron parte activa en lances más serios de los que en la novela se refieren.

Lo novelesco estaba en la atmósfera de España; el Rey mismo, el insignificantante Felipe III, el Rey *sportsman*, *pelotari*, beato y bailarín, se sentía contagiado por ese ambiente, que hoy llamaríamos romántico, y los cro-

¹²⁰ Para apreciar la exactitud de la descripción de Cervantes en lo que se refiere a esos disturbios, puede verse el «Memorial Histórico», t. xx. «De los muchos sucesos digno de memoria | que han ocurrido en | Barcelona y otros lugares de Cataluña | Crónica escrita por Miguel Paret | entre los años de 1626 á 1660», página 40, cap. xxi. «Comisión de los soldados de las galeras de España contra Barcelona y otras circunstancias y detalles.»

nistas nos cuentan que se paseaba enmascarado, y que fué con un disfraz a conocer a la Reina, su prometida¹²¹.

¹²¹ De Felipe III decía en su Relación, ya citada, el embajador de la República de Venecia Simón Contarini: «..... es desviado de placeres y gustos: muéstrale sólo en la caza, y éste es su ejercicio ordinario...; los ocho meses del año gasta en casas de campo....., de los negocios discurre respondiendo á propósito, pero no se le da nada por ninguno. Tiene seis horas de oración, de ordinario, en acabando de negociar hasta la hora de cenar; confiesa y comulga á menudo, juega á la pelota..... y también á los naipes; dicen se enciende en el gusto de este juego (en que le impuso el Duque de Lerma, gran tahir), y que le han hecho algunas ganancias grandes los que le sirven en su Cámara, de 20 y 30.000 ducados, y una le hizo el Conde de Gelves, sobrino del Duque de Lerma, de ciento y tantos mil ducados; danza muy bien, y es la cosa que mejor hace y de que más gusta. Conténtase también de que le alaben; sabe algunas lenguas, no cumplidamente, sino lo que basta para entenderse, y aun mal.» Páginas 563 y 564. «Su Magestad se entretiene algunos días en jugar á la pelota, desde las once hasta las cuatro de la tarde que come; entonces y á las noches juega á los naipes.»

XI

No porque en esta historia interviengan un Ferrara y dos Bentivogli, ni porque la escena se coloque en Bolonia, sino por la forma y estilo de la narración, pertenece *La Señora Cornelia*, más que ninguna otra de las *Novelas*, a lo que pudiéramos llamar manera italiana de Cervantes. Claro es que hay en ella algo genuinamente español en las situaciones de comedia de capa y espada con que se teje y desanuda la trama, y así lo probó antes que nadie *Tirso*, llevándola inmediatamente al teatro en *Quien da luego, da dos veces*¹²².

¹²² *Hartzenbusch*, al hacer el extracto de esta comedia en el último tomo del «Teatro escogido de Fray Gabriel Telles», Madrid, 1839-1842, señala el origen de la obra. Cotarelo también lo hace notar en sus «Investigaciones bio-bibliográficas» sobre «*Tirso de Molina*», Madrid, Rubiños, 1893, págs. 145-148, y copia como muestra de la forma típica de *Tirso* una escena del acto primero. «*Quien da luego, da dos veces*» no

El relato de las aventuras en que intervienen para desfacer entuertos dos estudiantes españoles, que, en plazo brevísimo, salvan a un niño, vuelven por la honra de una dama, cásanla con su amante, y reconcilian a éste con el hermano que intentaba vengarse ocupan por completo al novelista, que sólo refiere sucesos, y no es ahí, ni el observador de *Rinconete*, ni el psicólogo del *Celoso Extremeño*. No hay que buscar, por lo tanto, en esas páginas estudios de caracteres determinados, ni de costumbres típicas. La obra tiene color de época, pero no color local. Si Cervantes estuvo en Bolonia, sólo recordaba de ella su paso «por una calle que tenía portales sustentados de mármoles». Y en cuanto a los nombres de los protagonistas, es curioso que sean dos que andaban asociados en la memoria de todos los que seguían el movimiento de las letras italianas; el del

figura en ninguna de las colecciones del «Teatro de Tirso de Molina»; sólo existe, suelta, en impresiones antiguas.

Duque de Ferrara y el del príncipe Bentivoglio, su protegido, poeta boloñés, del cual hoy apenas si hay quien recuerde la invectiva contra los médicos; pero cuyos versos satíricos se parangonaban entonces, injustificadamente, con los del mismo Ariosto.

Ya he dicho que la obra tiene color de época; no por ser intrincada es inverosímil. Muy común era en aquellos tiempos andar a estocadas por las calles por lo propio y por lo ajeno, fuérase o no espadachín y camorrista. Sin salir de la vida de los escritores contemporáneos de Cervantes, que al hablar de sus juicios sobre las *Novelas Ejemplares* citamos en las primeras páginas de este libro, hallaremos que Lope, Quevedo, Salas Barbadillo y Suárez de Figueroa fueron actores en ese género de escenas. De alguna de éstas salvó por milagro Lope, como cuenta al Duque de Sessa en una de sus cartas. Los lances de Quevedo dieron motivo a que de su valor en las armas se forjase una leyenda, propa-

gada por sus biógrafos desde Tarsia hasta Fernández Guerra, en la cual se le atribuyen, además de los hechos reales, casi tantos desafíos imaginarios como versos apócrifos han pasado por suyos. Sábese del Dr. Suárez de Figueroa que estuvo en la cárcel de resultas de una riña, y anduvo huyendo de la justicia a consecuencia de otra; y de Salas Barbadillo consérvase en Simancas un curiosísimo retrato de época, en el proceso que se le siguió por haber herido a D. Diego de Persia. Conocida es la cédula en que en rebeldía se condenaba a un «myguel Zerbantes—que algunos suponen el propio autor del *Quijote*—á que, con bergüenza pública, le fuese cortada la mano derecha, sobre razon de aber dado ziertas heridas a antonio de Sigura andante en esta corte»; y mejor que en ningún otro lugar se hallan los lances que son de rigor en muchas de las novelas de entonces en una causa que existe original en la Academia Española, causa que se siguió en Valladolid por la muerte de

D. Gaspar de Espeleta, y en la que su mala fortuna hizo que se viera mezclado Cervantes¹²³.

Hay en ella cuanto es de ritual en tales sucesos: el galán que para salir de ronda trueca su ferruereño por la capa de mezcla de su paje, ocultando así el jubón y ropilla de raso, donde luce la cruz de Santiago; música bajo unos balcones, y, en calle solitaria, la escena de siempre: el embozado que cierra el paso, las espadas que se cruzan y dos que se acuchillan hasta quedar uno de ambos herido mortalmente; a las voces ábrese una puerta, y,

¹²³ Véanse el tomo primero de las «*Cartas y billetes de Belardo á Lucilo*», ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid; las notas y adiciones de D. Marcelino Menéndez y Pelayo al tomo primero de las *Obras completas de Quevedo*: Sevilla, Rascó, 1897; «*El Pasajero*», de Suárez de Figueroa citado en la nota número 6; la «*Copia del testimonio original de un proceso contra Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo*», publicada en la introducción a las «*Dos novelas*», reimpresas por la Sociedad de Bibliófilos Españoles: Madrid, MDCCCXCIV; y la cédula que encontró Morán en el Archivo de Simancas y dió a la estampa en la «*Vida de Cervantes*», págs. 134 y 135.

según el proceso, un clérigo joven, don Luis de Garibay, hijo del cronista, y un soldado viejo, Miguel de Cervantes, recogen y auxilian al herido don Gaspar de Espeleta, mientras llegan los alguaciles y el escribano, quienes, respecto al matador, sólo logran saber de labios del moribundo «que la persona que riñó con él se acuchilló como hombre honrado, y que él—el confesante—fué el primero que metió la mano á la espada.»

En suma, que en la historia sólo falta lo mismo que sobra en las *Novelas Ejemplares*: esa moraleja final que en ellas suele ser pegadiza.

XII

La picante historia del *Casamiento Engañoso* pasa en la corte cristiana, pero no moral, de que hablaba el embajador Contareni: en Valladolid, de cuyas costumbres íntimas nos dejó el

ya citado Pinheiro un vivo y animado trasunto ¹²⁴.

Para nadie puede ser sospechoso de malevolencia en estos escritos aquel doctor portugués que juzgaba la corte de España en 1605, «como la más espléndida, culta, entretenida y alegre de cuantas en el mundo había»; y declaraba que «nunca, en parte alguna, se vió ciudad que la aventajase en el lujo y ostentación de su nobleza, hermosura, donaire, gracia y diversión de sus damas y general disposición de sus habitantes». Por lo tanto, debe leerse sin prevención lo que refiere en la *Pincigrafía*, donde, hablando de esas mismas damas, dice: «Cada día que pasa las vemos hacer delante de criadas y criados cuantas desenvolturas les pasan por la cabeza, declarando sin reparo alguno quién las sirve y obsequia, de manera que nada hay secreto para los amigos ó criados del galán... No hay denuncias ni chismes que valgan, tanto porque tal es la mo-

¹²⁴ Véase la nota núm. 66.

da que corre, como porque nadie hace caso de semejantes bagatelas...

»De don Pedro de Medicis cuentan undicho graciosísimo, que fué que yendo un día á ver á una señora casada, á quien había regalado una colgadura de damasco, hubo de llevar puestos unos calzones de tafetán que hacían mucho ruido al andar. Salió la señora de su aposento, y encontrándose con él en una sala baja, le dijo: «¿Cómo venís así á estas horas y con esa seda que tanto cruje? Cuidad no lo sienta mi marido.» Y él contestó: «¡Válame Dios, señora! ¿Es posible que las doscientas varas de damasco que para aquella colgadura vos regalé no hayan hecho ruido, y que cuatro de tafetán sencillo para estos gregüescos os causen miedo?»

«Se hace cuenta—añade en el *Diario*—que mujer sin amante es como vino sin cultivo. Llega la cosa á tal punto, que hablando días pasados con el Conde de Siruela, oíle decir: «Juro á Dios que no sé lo que de la condesa, mi mujer, pretenden estos gala-

»nes que la obsequian. Yo quiero des-
 »engañarlos y decirles que tiene unas
 »piernas tan flacas, que no valen cua-
 »tro maravedís, y sin embargo, mozo
 »hay entre ellos á quien le lleva ya
 »costado el galanteo más de cincuen-
 »ta mil ducados.»

Estos y parecidos episodios son tanto más verídicos, cuanto que el buen portugués, además de escribir para persona que conocía los originales que él retrataba, no censuraba la moda. «Son, dice, estas cosas, en abstracto, meramente opinables y no sustanciales; apruebo la confianza con que los casados viven en Valladolid; pero de ninguna manera la desenvoltura, libertad y desvergüenza de las mujeres; en una palabra, creo que éstas han de ser damas y no p... como decía el otro, y los maridos francos y confiados, sin echarla de cornudos ni ser demasiado especulativos y linceos en cosas de mujeres, ni menos cómplices y aparceros de las liviandades de sus esposas.»

Semejante estado social ofrecía, sin

duda, modelos que más se ajustaban a los desenfados del Boccaccio, a las crudezas del Bandello y a la licencia del Aretino, que a los miramientos de ejemplaridad de quien, como Cervantes, «si por algún modo alcanzara que la lección de las *Novelas* pudiera inducir á algún mal deseo ó pensamiento, antes se cortara la mano con la que escribió que sacarlas en publico».

Pero en aquel medio encontró el asunto del *Casamiento Engañoso*; y cuando los personajes más altos hablaban con tan poca aprensión de sus aventuras y desventuras matrimoniales, no puede asombrarnos el desahogo con que el alférez Campuzano refiere sus lástimas al licenciado Peralta. Al fin y al cabo, el alférez que pinta Cervantes, aun en los tiempos de su mayor fortuna, sólo trajo de Flandes su vestido de colores, a fuer de soldado, su sombrero con plumas, sus cintillos y cadena de alquimia, y unos cuatrocientos reales por toda hacienda y patrimonio. ¿Qué mucho que el taimado contara en crudo cómo le

burló aquella D.^a Estefanía, á quien, conociendo por pecadora, se vendió como marido, en esperanza de haber unos dos mil y quinientos ducados de muebles, doliéndose de que aquéllos se convirtiesen en las catorce cargas de bubas que ella le dejó, llevándose cuanto él tenía, exceptuando un vestido de camino? Hasta virtuoso parece el tal alférez, que al menos considera su engaño como «herida de sus propios filos», y al quejarse se queja de sí mismo.

La narración, en cuanto a la forma literaria, es de lo más gracioso, natural y bien hablado que de la pluma de Cervantes ha salido.

¡Quién, entre los novelistas que le precedieron, ni entre sus contemporáneos y sucesores inmediatos, logró entrar en un asunto de esta gallardísima manera! «Yo quedé abrasado con las manos de nieve que había visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así otro día, guiándome mi criado, dióseme entrada libre: hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de

hasta treinta años, á quien conocí por las manos; no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios; blasoné, hendí, raje, ofrecí, prometí, y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bien quisto con ella; pero como ella estaba hecha á oír semejantes ofrecimientos y razones, parecía que les daba atento oído antes que crédito alguno.»

Tales primores de forma y estilo hacen de esta obra, ligera al parecer, una muestra de la época de plenitud del ingenio de su autor. Yo supongo escrito el *Casamiento Engañoso* hacia 1605, por los indicios que diré al hablar del *Coloquio de los perros*, al cual quiso Cervantes que sirviera de introducción.

XIII

«Los cuentos — como dice Cipión a Berganza — unos encierran la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos», y esta novela del *Coloquio de los perros* tiene la gracia en ambas cosas. Sin lo que Cervantes llama preámbulos y ornamentos de palabras daría contento conocer la historia picaresca del perro aventurero; pero contada como lo está, es, con el *Quijote*, la obra de imaginación más original, interesante y perfecta de aquellos tiempos.

Nos divierte Ariño, cuando en prosa pintoresca, a fuerza de ser pueril, refiere sucesos de Sevilla, semejantes a las historias del jifero y del corchete; perdonamos a Zapata su indigesta *Miscelánea* de «cosas maravillosas muy verdaderas que no parecen verdad», sólo por el capítulo en que comprueba que existió en Sevilla una cofradía semejante a la de Monipodio; hasta el

Dr. García, que debió ser tan pedante como granuja, nos parece ameno describiendo en la *Antigüedad y nobleza de los ladrones*, las mismas juntas que en el *Coloquio* se retratan, y si tales milagros se verifican, y damos por bien empleado el tiempo de lectura que se llevan las *Relaciones* de cronistas particulares, cuando, entre el fárrago de *Avisos* inútiles, encontramos narrados, compendiosamente y en serio, el descubrimiento de la piedra filosofal, o la proposición de arbitrios y trazas ante las cuales parecen cuerdos los ideados por los infelices locos del hospital de la Resurrección, ¡qué atractivo no hallará en el *Coloquio* quien a la curiosidad por la investigación de aquellas costumbres, una el amor del arte y admire la expresión con que en este caso se manifiesta!

Cervantes recogió y armonizó en el *Coloquio* los mejores motivos dispersos en sus obras; pero los recogió en nueva forma, enteramente sincera y espontánea, desligándose de todos

los convencionalismos impuestos por modas literarias.

Los gitanos y los pícaros que conoció Berganza, no tenían las puntas de caballeros andantes que distinguen a los protagonistas de *La Gitanilla* y *La Ilustre Fregona*; la virtud de las gitanas reducíase a ofender «pocas veces» a sus maridos «con otros que no fuesen de su generación»; los pastores no se llamaban Lisardos, Lauros y Riselos, sino Antones, Domingos y Pablos, y no entonaban «canciones acordadas y bien compuestas», sino un *cata el lobo*; *do va Juanica*, y otras cosas semejantes, y esto no al son de rabeles y zamponas, sino «al que hacía el dar un cayado con otro, ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que solas ó juntas parecía, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñían». En suma: esta obra no es de las que Cervantes calificaba «de cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de ociosos y no verdad al-

guna». Es verdad: hasta en sus menores detalles de indumentaria canina; en las carlancas con puntas de acero que ponen a Berganza en el cuello, cuando es perro de pastores; en el collar tachonado de latón morisco, con que le adorna el corchete sevillano; en las cubiertas de guadamacil y la silla y el muñeco que el titiritero le acomoda en las espaldas, cuando es perro sabio; y en el freno de orillos con que le sujeta el farsante, a fin de que, azuzándole, arremeta en los entremeses que acaban a palos, derribando y atropellando a todos, para dar que reír a los ignorantes y al dueño mucha ganancia. Verdad es en todas las destrezas que al perro se atribuyen, y que sólo la observación y el arte de Cervantes pudo encontrar y entretrejer hábilmente en la urdimbre de su ficción. Y la verdad, en este caso, está vista y copiada tan pasmosamente del natural, que asombra cómo ha perpetuado la rutina el disparate del Obispo de Avranches, de suponer el *Coloquio* imitación del *Asno*

de Apuleyo ¹²⁵, y cómo semejante absurdo se viene repitiendo hace más de dos siglos. En un cierto estudio que acerca de las *Novelas* ha caído en mis manos, se encuentra reproducido con las mismas palabras que apareció por primera vez en 1670 en la *Lettre sur l'origine des romans* ¹²⁶.

Desde que Lucio se convierte en asno por obra del unguento mágico, hasta que al devorar el ramillete de rosas queda desencantado, ¿en cuál de las escenas de la narración de Apuleyo hay algo parecido a las aventuras de *Berganza*? De seguro que no será en la descripción del matadero de Sevilla y las costumbres de los que en él ejercitaban la jifería; ni en la vida de

¹²⁵ Véase la nota núm. 115.

¹²⁶ «Otra cosa es una coincidencia literaria ó el tomar de otro escritor un modelo ó idea que es patrimonio de todos, ya que la «creación» en absoluto es imposible. Tal sucede con el famoso «Coloquio», para cuya invención pudo sugerirle la idea el «Asno» de Luciano, ó el de Apuleyo, ó acaso el libro italiano «Brancaleone» (sic.) «Colección de Discursos y Artículos, por Julián Apraiz», Vitoria, 1889, t. 1, página 366.

los pastores, contada en las sabrosas páginas, donde se burla Cervantes de las novelas bucólicas con la misma gracia que en el *Quijote* se burló de los libros de caballería; ni en los episodios estudiantiles en el colegio de los Padres Jesuítas; ni en la historia del corchete que explotaba a los extranjeros incautos, finjía riñas a fin de parecer valiente y era engañado de tan gracioso modo por la industria de los ladrones sus protegidos; ni en las otras pinturas: de la soldadesca que marchaba a Italia y a Flandes, de la bruja Cañizares, del poeta y los autores—en la cual, en unos cuantos párrafos, nos enseña más que muchos libros de los orígenes del teatro español—; ni, por fin, en aquel cuadro, tristemente humorista, del hospital de Valladolid, adonde traen los inventos al alquimista, los esdrújulos al poeta, el punto fijo al matemático y los cálculos al arbitrista. No; ya lo hemos dicho: ni en el fondo, ni en los episodios, ni en la forma se parecen la novela de Cervantes, maravilla de ob-